

# **DIOS PARA ORAR Y ESPERAR**

**42 Semana Nacional para la Vida Consagrada  
Madrid, 5 de abril 2013**

H. Inmaculada Fukasawa aci

## **Presentación**

Agradezco la invitación a participar en esta Semana Nacional para la Vida Consagrada. En este Año de la Fe, es una riqueza poder compartir con Vds. mi experiencia de Dios como creyente y religiosa de un Instituto Apostólico.

El título de mi aportación es «Dios para orar y esperar», sugerente y desafiante porque une fe y esperanza.

Tomo como punto de partida el encuentro personal con Jesucristo, en Él se encuentra el sentido profundo de nuestra vida. Él da sentido a todo cuanto somos, hacemos y padecemos.

En la primera parte, «Dios para orar», hablo de este encuentro que se hace posible en la oración y que se prolonga en la vida.

En la segunda parte, «Dios para esperar», presento un itinerario en el intento de nombrar la esperanza en situaciones humanas límite, en creyentes que libremente han entregado su vida asociándola a la de Jesús, y concluyo en nuestra Vida Religiosa hoy, para descubrir la razón de nuestra esperanza, nuestra capacidad para generar esperanza en otros.

Y por último como conclusión procuro dar razón de este binomio: Dios para orar y esperar.

### **1. Mi encuentro con Jesucristo, Dios encarnado**

Antes de comenzar a compartir con Vds. quiero hacer una pequeña presentación personal. Soy japonesa, procedo de una cultura no cristiana, de un país con una muy pequeña minoría católica. Conocí a Jesucristo en nuestro colegio y me bauticé adulta. Esto supone que la fe no se me ha dado con el nacimiento sino que ha sido un don ofrecido a mi libertad.

Desde que conocí el cristianismo, hay algo que siempre me llama la atención: el Dios cristiano es un Dios personal y cercano que no sólo envió profetas para que hablaran de Él, no sólo quiere que actuemos éticamente, sino que se ha revelado a sí mismo, no sólo con la palabra, sino que se ha hecho historia de hombre, «la Palabra se ha hecho carne» (Jn 1,14). Ésta es la gran novedad que aporta el cristianismo, pero que la cultura europea, occidental, de raíces cristianas, a fuerza de ser tan evidente, a veces deja de verlo.

Nuestro Dios no es un Dios abstracto, es el Padre de Jesucristo. Recuerdo muy bien que cuando yo era novicia, la Maestra nos dijo un día: «Para las que somos de un país no cristiano, pero con una gran sensibilidad hacia lo religioso, lo sagrado, hay peligro de que nos relacionemos sólo con un Dios bueno, con una existencia trascendental, pero no con el Dios que se manifestó en Jesucristo.» Esto me ha interpelado mucho y me ha ayudado siempre a caminar a su encuentro, vivir con Él, en Él y por Él.

Nuestro Dios tiene rostro humano, nos llama amigos, murió por nosotros, quiere que en su memoria celebremos la Eucaristía y en ella nos invita a vivir la comunión con Él. Nos busca, nos llama a colaborar en su proyecto de salvación, nos hace necesarios y libres en la construcción del Reino. Es un Dios que nos da la gracia de permanecer en Él (Jn 15).

El emérito Papa Benedicto XVI en su Encíclica «Deus caritas est» escribió: «...no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello una orientación decisiva... y puesto que es Dios quien nos ha amado primero (cf. 1 Jn 4,10), ahora el amor ya no es sólo un “mandamiento” sino la respuesta al don del amor, con el cual Dios viene a nuestro encuentro».<sup>1</sup>

Sólo desde este encuentro personal con Jesucristo, y subrayo la experiencia del encuentro buscado y continuado en nuestra vida, podemos hablar de un Dios para orar y esperar.

## 2. Dios para orar

### 2.1. Orar es un acto de fe

Orar es confesar que Dios está aquí, oramos porque esperamos en Dios que actúa. Es expresión de nuestra capacidad de trascender, somos conducidos a «donde no sabemos». En la oración renunciamos a la eficacia, no hay protagonismo. Sólo Él es el Señor, es dejarse transformar. Es la escucha de la Palabra que nos forma y nos transforma. Oramos a Dios como su criatura, pequeña ante Él, conscientes de que sin Él no podemos hacer nada. La oración es confesión de fe.

Orar implica una elección de a qué y a quién dedico mi tiempo, el bien más escaso en este momento. Coloquialmente decimos «tenemos tiempo para lo que queremos». Dedicamos el tiempo a quien amamos, por eso el compromiso con la oración habla de a quién amamos y en quién tenemos el corazón. Donde está tu tesoro allí está tu corazón.

La oración es también «un lugar primero y esencial para aprendizaje de la esperanza»<sup>2</sup>. La esperanza nace de la fe y se nutre de la oración, hecha de escucha a su Palabra y adoración a su Presencia en la Eucaristía, en la historia, en nuestros hermanos. Sólo desde su Corazón podemos sentir, amar y mirar desde Él, y en la relación con los demás podemos restituir la dignidad de las personas.

Oramos porque esperamos en Él, porque tenemos la certeza de que Él viene a nosotros, de que Él cumple su promesa de estar con nosotros. Quiero expresar esta experiencia con el precioso poema de Tagore:

«¿No oíste sus pasos silenciosos? Él viene, viene, viene siempre.

En cada instante y en cada edad, todos los días y todas las noches, Él viene, viene siempre.

He cantado muchas canciones y de mil maneras; pero siempre decían sus notas:

“Él viene, viene, viene siempre.”

En los días fragantes del soleado abril,  
por la vereda del bosque, Él viene, viene, viene siempre.  
En la oscura angustia lluviosa de las noches de julio,  
sobre el carro atronador de las nubes, Él viene, viene,  
viene siempre.

De pena en pena mía, son sus pasos los que oprimen mi corazón, y el dorado roce de sus pies es lo que hace brillar mi alegría». <sup>3</sup>

## **2.2. La nueva mirada que nace de la contemplación**

Al pensar la expresión «Dios para orar», recordé la intervención de Rowan Williams en el último Sínodo sobre la «Nueva Evangelización para la transmisión de la fe cristiana», en el que tuve la gracia de participar. Él, que era Primado de la Iglesia Anglicana en ese momento, dijo que Jesús era contemplativo y nos invitó a mirar fijamente hacia la luz de Dios en Cristo, a contemplar su rostro. Para este arzobispo de Canterbury «la contemplación es la clave para la esencia de una humanidad renovada capaz de ver al mundo con libertad..., es un elemento intrínseco del proceso de transformación». Es verdad que al contemplar a Jesús, al orarle nos dejamos transformar por Él. Jesús nos renueva y nos hace libres de nuestros egoísmos y prejuicios para poder ver el mundo con los ojos de Dios.

La pregunta que nos hizo Rowan Williams es una verdadera interpelación para todos los que deseamos hacer de nuestra vida un encuentro profundo con Dios:

«¿Miramos con ansiedad los problemas actuales, la variedad de infidelidades o la amenaza a la fe y a la moralidad, la debilidad de la institución?, ¿o buscamos a Jesús, el rostro revelado de la imagen de Dios, a la luz del cual vemos la imagen de nuevo reflejada en nosotros y en nuestros vecinos?» <sup>4</sup>

Nos plantea dos formas de situarnos ante la realidad, una desde nosotros mismos, es una mirada que ve con ansiedad la realidad, agobiados por su dureza. Una segunda mirada nace de

contemplar a Jesús como imagen del Padre y con su luz nos lleva a reconocer su imagen en nosotros mismos y también en las personas con quienes vivimos y trabajamos. Sólo centrando nuestro corazón en Jesús gozaremos de nuestro ser y del de los demás.

Es la misma experiencia que la espiritualidad ignaciana llama «contemplación en la acción» que nos lleva a reconocer a Dios en todas las cosas. En la oración encontramos la luz para descubrir a Dios en los hombres y en los acontecimientos, y también la fuerza para responder a las llamadas que nos hace a través de los hermanos. En continua unión con Cristo, la oración se hace apostólica, y nuestro servicio apostólico un encuentro con Dios.<sup>5</sup>

La charla del arzobispo inglés tuvo mucho eco entre los participantes del Sínodo, por lo que su «Mensaje para el Pueblo de Dios» habla de la contemplación, junto con la cercanía a los pobres, como expresión de la vida de la fe en la Nueva Evangelización. Hace hincapié en que «sólo desde una mirada adorante al misterio de Dios, sólo desde la profundidad de un silencio que se pone como seno que acoge la única Palabra que salva, puede desarrollarse un testimonio creíble para el mundo».<sup>6</sup> Me llama la atención que al pensar en la Nueva Evangelización se subraye tanto la importancia de la contemplación.

### **3. Dios para esperar**

#### **3.1 La esperanza en los límites**

En las experiencias límite, sin salida, donde queda en evidencia nuestra fragilidad humana más radical, surge misteriosamente la fuerza de la esperanza que permite que se abran nuevas posibilidades de vida.

Esta fuerza viene motivada por el amor, con expresiones muy diversas, pero es lo que puede dar razones para esperar. Quiero citar dos hechos que ponen realidad a estas palabras.

Como recordarán Vds., hace dos años Japón fue afectado por el terrible terremoto y el tsunami, a los que siguió el accidente nuclear. Las personas afectadas habían perdido todo: su tierra, su pueblo, su casa, a sus vecinos, a los seres queridos. De la noche a la mañana cambió totalmente su vida. Sin embargo, en esa situación límite, aquellos hombres y mujeres experimentaron gran esperanza por la llegada de muchos voluntarios. Ellos quitaron escombros, les prepararon comida caliente, inventaron duchas y baños provisionales y sobre todo permanecieron al lado de esas personas, escuchándolas, compartiendo el sufrimiento. En este gesto de solidaridad nació la esperanza.

Hace mucho leí el libro «El hombre en busca de sentido», escrito por Viktor Frankl, el famoso psicólogo judío que vivió varios años en el campo de concentración de Auschwitz. De su lectura lo que más me impresionó es lo que cuenta de un prisionero que estuvo también allí, aguantó aquella calamidad y sobrevivió, pero se suicidó cuando fue liberado y volvió a su tierra, donde se enteró de que su esposa y sus hijos habían muerto. Pudo superar tantas desgracias pensando en su encuentro gozoso con los seres queridos, pero ante su pérdida no encontró fuerzas para vivir, se desesperó completamente.<sup>7</sup>

Estos relatos nos dicen que la presencia de alguien que te recuerda, tiene interés por ti y te dice: «tú y tu felicidad me importan», especialmente en momentos difíciles, es la que nos trae la esperanza. Es una esperanza que nos da paz, serenidad que llega hasta el fondo del corazón, que nos da razones para vivir.

### **3.2 Testigos de esperanza**

Entre nosotros, católicos, encontramos personas, comunidades que han sido capaces de fiarse de Dios hasta el final, allí donde acaban nuestras expectativas humanas y queda sólo la fe. Ellos son para nosotros testigos de esperanza que nos señalan con su vida al Dador de toda esperanza.

Traigo a nuestra memoria a la comunidad de los siete Padres Trapenses, asesinados en Argelia el 21 de mayo de 1996. Ellos eligieron quedarse a pesar de las amenazas de los violentos. Estuvieron en medio del pueblo argelino como hermanos de todos. Y su asesinato lo transformaron, por su libertad y su fe, en entrega de sí mismos por el pueblo argelino. Vivieron y murieron en comunión con Jesucristo, por eso se han convertido en testigos de esperanza. Recojo las palabras, consideradas como testamento, de Christian, prior de esta comunidad:

«Si me sucediera un día -y ese día podría ser hoy- ser víctima del terrorismo que parece abarcar en este momento a todos los extranjeros que viven en Argelia, yo quisiera que mi comunidad, mi Iglesia, mi familia, recuerden que mi vida estaba ENTREGADA a Dios y a este país.

Que ellos acepten que el único Maestro de toda vida no podría permanecer ajeno a esta partida brutal.

Que recen por mí.

¿Cómo podría ser yo hallado digno de tal ofrenda?»<sup>8</sup>

Es impresionante, también, la vida del Cardenal F.X. Nguyen Van Thuan, nombrado arzobispo coadjutor de Saigón en 1975, detenido y encarcelado durante trece años, bajo el régimen comunista de su país, Vietnam.

Ejerció su ministerio episcopal como preso compartiendo la Palabra de Dios con sus compañeros de sufrimiento, a los que dio fuerzas y esperanza. Él decía: «Es verdad, Señor, aquí está mi catedral, aquí está el pueblo de Dios que me has dado para que lo cuide. Debo asegurar la presencia de Dios en medio de estos hermanos desesperados, miserables. Es tu voluntad, así que es mi elección.»<sup>9</sup>

Fue liberado en 1989, y años después Juan Pablo II lo nombró Presidente de la Comisión de Justicia y Paz. Trabajó incansablemente a favor de los inmigrantes y refugiados de todo el mundo.



En la entrega de estos creyentes reconocemos el mismo gesto del Maestro: amor hasta el extremo, por eso son signo inequívoco de esperanza para la Vida Religiosa en estos momentos.

### **3.3 La esperanza en este tiempo de «minus» en la Vida Religiosa**

Al empezar a pensar en esta situación, primero voy a recordarles un pasaje del Evangelio, lo que conocemos por la «crisis de Galilea».

En la primera etapa pública de la vida de Jesús le sigue la muchedumbre. Aquel joven Maestro habla con autoridad, su palabra convence, hay signos que le acompañan, su persona despierta entusiasmo. Pero llega un momento en que Jesús empieza a pedir una adhesión total a Él, sin fisuras, las exigencias del seguimiento entran en contradicción con las expectativas de los seguidores y de lo «políticamente correcto» y comienzan las deserciones. Jesús afronta la situación y les cuestiona.

Recordemos el texto: «Desde entonces muchos de sus discípulos se echaron atrás y ya no andaban con él. Así que Jesús dijo a los Doce: “¿También vosotros queréis marcharos?” Simón Pedro le contestó: “Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Nosotros hemos creído y reconocemos que Tú eres el Consagrado de Dios”» (Jn 6, 66-69).

No sé si a Vds. también les resulta familiar esta situación. En nuestros contextos palpamos el desencanto, la falta de vigor espiritual, el desánimo ante los resultados pastorales, todos sentimos «Señor, hemos estado bregando toda la noche y no hemos pescado nada» (Lc 5,5). Y Jesús también nos hace esta pregunta: «¿También vosotros queréis marcharos?»

Somos tentados de «abandonar», aunque nos quedemos físicamente, nos acomodamos a nuestro mundo, este lenguaje es demasiado duro y nos diluimos.

En mis visitas a las Provincias de España, una Hermana mayor, de gran experiencia misionera, que actualmente está en una enfermería y mantiene el ardor apostólico, me preguntó: «Inmaculada, ¿no estás preocupada con el futuro de la Congregación viendo que nuestras fuerzas son escasas, somos mayores y con pocas vocaciones?»

En un primer momento quise eludir la pregunta, pero su insistencia me obligó a expresar cómo me situaba ante el futuro de nuestra misión. Es la misma pregunta que nos hacemos gran parte de la Vida Religiosa y mi respuesta fue ésta: no me preocupa tanto el número como vivir con mediocridad. De verdad pienso así. Si hubiera más jóvenes, más número de Hermanas con fuerzas vivas, yo estaría contenta, pero a mí me importa más la calidad de nuestra vida que el número de Hermanas. Aunque sea un grupo pequeño, si todos sus miembros viven y trabajan con ardor, pasión y gozo, ese Instituto es precioso y vale la pena que exista en la Iglesia. Cuando nació mi Congregación había muy pocas Hermanas, pero apasionadas por Jesucristo, unidas y alegres, y de allí empezó a crecer. Siento que el futuro del que podemos responder es el que estamos construyendo en este presente.

En estos momentos en que nos ha tocado vivir, podemos hacer una lectura de la realidad que se atiene a los datos estadísticos, los resultados, una mirada que describe lo que aparece: envejecimiento, falta de vocaciones, menos aprecio. No se ve el horizonte. A veces estamos dispersas en muchas tareas, nos centramos en nosotras mismas, en cosas pequeñas. Esto produce en gran parte de la Vida Religiosa, desencanto, falta de vigor espiritual...

Nadie nos puede sustraer de la realidad ni sentirse libre del influjo de esta percepción de la Vida Religiosa, pero cabe otra respuesta, otra lectura, una mirada que va más allá y nos la da el mismo relato evangélico, y viene de un hombre como nosotros: Pedro. Él se debatió entre el amor a Jesús y sus deseos de grandeza y protagonismo, tuvo que hacer este proceso de dejarse transformar por un amor más grande capaz de acoger su debilidad y límites: «Señor, ¿a quién

iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Nosotros hemos creído y reconocemos que Tú eres el Consagrado de Dios.»

Esta respuesta habla no sólo de por qué no nos marchamos sino sobre todo de por qué permanecemos. Es una confesión de fe desde el realismo, pero surge de alguien cuya vida ha sido tocada hasta el fondo, de quien sabe, y sabe por experiencia, que nadie tiene Palabra de vida eterna, sólo Él puede dar sentido a la escasez, a la irrelevancia, al fracaso, a la disminución. Nadie puede sostener nuestra esperanza, sólo en Dios nuestra esperanza.

Quiero citar al Padre Arrupe, su persona y su permanecer fiel es un elocuente testimonio de esperanza. En esta sencilla oración expresa muy hermosamente el sentido de la Vida Religiosa, el por qué de lo que somos y hacemos.

«Nada es más práctico  
que encontrar a Dios;  
que amarlo de un modo absoluto,  
y hasta el final.

Aquello de lo que estés enamorado,  
y arrebate tu imaginación,  
lo afectará todo.

Determinará  
lo que te haga levantar por la mañana  
y lo que hagas con tus atardeceres;  
cómo pases los fines de semana,  
lo que leas  
y a quien conozcas;  
lo que te rompa el corazón,  
y lo que te llene de asombro  
con alegría y agradecimiento.

Enamórate, permanece enamorado,  
y eso lo decidirá todo»<sup>10</sup>

La oración es preciosa. Es un testimonio de un religioso enamorado de Jesucristo y entregado totalmente a Él y por su causa.

### **3.4 La esperanza, sinónimo de sentido**

Para nosotros, también un reto es buscar y encontrar el sentido de nuestra Vida Religiosa aquí y ahora, leer su historia en estos años, discernir en qué momento estamos y cómo quiere el Señor que lo vivamos.

Empecé a pensar esto de modo especial al escuchar a un obispo de África en el Sínodo. Allí empezamos cada día con una oración y después de la lectura de un pasaje de la Biblia algunos obispos nos compartieron su meditación sobre él, un día un obispo de América Latina, otro día de Asia... Cuando le tocó al obispo africano, habló de la situación actual de la Iglesia. Dijo que la Iglesia católica está en un momento difícil, de desánimo, por los escándalos que han pasado. Los fieles están marchándose de ella, hemos perdido la credibilidad en la sociedad. En esta situación estamos llamados a vivir este tiempo, muy conscientes de lo que tendríamos que ser en medio de este mundo, y añadió que nos ayudaría a pensar cómo nos gustaría que los futuros católicos hablasen de los actuales.

Podemos aplicar esta sugerencia a nuestra Vida Religiosa. ¿Cómo nos gustaría que los futuros religiosos o laicos hablasen de nosotros? ¿Cómo nos gustaría que recordasen a los que vivimos en el año 2013? ¿Qué huellas tendríamos que dejar en la historia de la Vida Religiosa?

Mirando el conjunto de la Vida religiosa y su historia más reciente, creo que el proceso es común a la mayoría. Por ejemplo, muchas Hermanas de mi Instituto pertenecen a una generación que ha vivido varios cambios fuertes de la Iglesia y del Instituto. Entraron en la Congregación antes del Concilio Vaticano II. Después de este acontecimiento eclesial, el modo de vivir la Vida Religiosa cambió y mucho. Todos los Institutos

hicieron un esfuerzo enorme por responder con fidelidad a la llamada de la Iglesia a renovar la Vida Religiosa. En ese momento había entusiasmo para empezar una etapa nueva. Había esperanza. Luego vivimos unos años de confusión y dolor por las salidas de bastantes Hermanas. El número de vocaciones empezó a bajar, y ahora estamos en una situación difícil: pocas vocaciones, envejecimiento, tenemos que cerrar varias obras y comunidades. Después de 50 años del Concilio Vaticano II no se encuentra aquel entusiasmo e ilusión con los que emprendimos la renovación de la Vida Religiosa.

Pero tiene sentido vivir este momento que nos ha tocado. El desafío está en vivirlo con hondura. Las dificultades son al mismo tiempo oportunidades. Allí Dios nos espera.

Entonces, ¿cuál es la palabra de sentido que la Vida Religiosa puede aportar hoy?

- En un mundo secularizado y relativista, querríamos ser hombres y mujeres con una vida humana plena y feliz, que se realiza en la entrega de sí misma como respuesta a Dios, Absoluto de nuestra vida. Quisiéramos tener una mirada amable y comprometida sobre la realidad, porque nuestro mundo y nuestra historia están habitados por Dios.
- En un mundo que vive de las apariencias y del éxito, que valora lo inmediato y eficaz, ser hombres y mujeres que dan testimonio evangélico de lo gratuito y de lo pequeño, del servicio desinteresado, del interés por lo irrelevante socialmente, de la fidelidad del cada día y del siempre.
- En un mundo superficial, desbordado por las informaciones y permanentemente conectado, pero incapacitado para una comunicación auténtica, querríamos recuperar la palabra y el

gesto humano capaces de crear un diálogo y encuentro verdaderos.

- En un mundo que se mueve por lo rentable y productivo, quisiéramos ser hombres y mujeres que ofrecen la vivencia de su hacer, «no como desgaste», sino como envío, donde la tarea es Misión y lugar donde se es y se encuentra con la fuente de su ser: el Señor de la Misión.
- En un mundo dividido y enfrentado, querríamos ser testimonio de universalidad y acogida de la diversidad.
- En un mundo globalizado que excluye y tiende a eliminar las diferencias, ser hombres y mujeres que viven bajo el signo de comunión y esperanza, y que constituyen una comunidad religiosa pluricultural y plurirracial.
- En un mundo obsesionado por la búsqueda de prestigio y poder, ofrecer una Vida Religiosa con una identidad sólida que no renuncia a su carácter profético y carismático por ganar relevancia social.

¿Las futuras generaciones nos recordarán así?

### **3.5 La esperanza que nace del agradecimiento**

Me van a permitir ofrecerles mi testimonio personal de esperanza, como Superiora General en la misión que la Iglesia y el Instituto me han encomendado. La fuente que alimenta mi esperanza es el agradecimiento.

Agradecimiento que nace de reconocer el don que es la Vida Religiosa, la enorme reserva de humanidad y

espiritualidad que es cada una de nuestras Congregaciones Religiosas.

Agradecimiento por el don del carisma puesto al servicio de la Iglesia y del mundo, que ha dado y da la posibilidad de que muchas personas y pueblos puedan alcanzar sus derechos y su dignidad como personas e hijos de Dios.

Agradecimiento por nuestras Hermanas mayores y enfermas que viven con fe el dolor físico e inactividad. Benedicto XVI escribió en «Spe Salvi», que «la grandeza de la humanidad está determinada especialmente por su relación con el sufrimiento y con el que sufre».<sup>11</sup> Ellas son testigos de cómo vivir el sufrimiento unidas al de Jesús. Rezan por la Iglesia y por el Instituto y así participan en nuestra misión. Son testigos de la fe, de la fidelidad y de la grandeza de la humanidad.

Agradecimiento por la valentía y generosidad de las Hermanas que están en los lugares de frontera, «con el que sufre» y a veces con peligro de su vida, y por todas las que responden al dolor del mundo con sensibilidad y cariño hacia los más pobres y vulnerables.

Agradecimiento por las Hermanas que trabajan en los colegios. Lo hacen con entusiasmo, a pesar de lo arduo que es educar y lo exigente que es su trabajo. Y siguen sin parar el esfuerzo por buscar y encontrar unas estructuras nuevas y creativas para continuar nuestra educación con los laicos.

Miro mi Congregación y puedo realizar este servicio con esperanza y con la certeza de que hay futuro para nosotras porque hay pasión y entrega en las Hermanas. Lo he confirmado al escribir para el último Capítulo General la «Relación sobre el Estado del Instituto» y durante la visita de dos Provincias de España que he hecho en estos últimos meses.

Creo que necesitamos una mirada más honda que reconozca y agradezca lo que somos y no nos paralicemos ante lo que ya no podemos. Esta mirada agradecida repararía nuestra autoestima. Si no sentimos que nuestra vida es valiosa, difícilmente vamos a ser felices y menos aún vamos a suscitar la llamada en otros.

Agradecimiento de vivir este momento de la Vida Religiosa. Veo desde mi pequeña percepción, que algo nuevo ya ha nacido entre nosotros y está creciendo.

Ahora somos menos en número, pero más capaces de buscar y trabajar con otros, sin relevancia social, más humanas porque tocamos muchas veces la debilidad personal e institucional. El tocar nuestra realidad, lejos de abatirnos, nos va llevando a reconocer la primacía de Dios en nuestra vida y vamos aprendiendo a caminar humildemente con nuestro Dios. Esta esperanza que nace tiene el nombre de humildad.

En algunas zonas del mundo crecen las vocaciones, sobre todo en Asia y África, y el rostro del Instituto está cambiando. Es un desafío y al mismo tiempo una esperanza. Nuestros Institutos son ahora más internacionales e interculturales. Es un gozo ver cada vez más arraigados los carismas de los fundadores en distintos contextos del mundo.

Estoy convencida, como dice la Exhortación Apostólica «Vita Consecrata» que «¡no solamente tenemos una historia gloriosa para recordar y contar, sino una gran historia que construir!». <sup>12</sup>

El Espíritu Santo que suscitó nuestros Institutos conduce nuestra historia y actúa en ellos con su fuerza transformadora. No sabemos cuándo ni cómo, no podemos controlar su acción. Lo importante es creer en Él. Recuerdo muy bien una cosa que dijo el arzobispo anglicano ya mencionado respecto al Espíritu Santo: «Cuando hacemos la oración al Espíritu Santo, ¿somos conscientes de que estamos pidiendo que venga a nosotros la Tercera Persona



de la Santísima Trinidad?»<sup>13</sup> Continuemos rogándole con esta conciencia y fe. Tenemos que colaborar con Él.

### 3.6 La Vida Religiosa como profesión de esperanza

La Vida Religiosa hace profesión de esperanza, porque nace como respuesta a Alguien que ha permanecido hasta el final. Con Él y por Él permanecemos. Nuestra fidelidad está sostenida en su fidelidad. Somos fieles porque Dios es fiel. «Mantengamos firmes la confesión de la esperanza, pues fiel es quien hizo la Promesa» (Heb 10,23).

Estamos llamados desde la fe a reconocer este tiempo habitado por Dios. El Evangelio de Lucas habla de que en Jesús ha llegado el Reino, que la promesa de salvación se ha cumplido hoy. El término «hoy» muy querido por San Lucas, aparece numerosas veces:

- En el anuncio a los ángeles:  
    «*Hoy os ha nacido en la Ciudad de David el Salvador, el Mesías y Señor.*» (Lc 2,11)
- En las palabras en la sinagoga de Nazareth, después de leer la profecía de Isaías:  
    «*Hoy, en presencia vuestra, se ha cumplido este pasaje de la Escritura.*» (Lc 4, 21)
- Ante la conversión de Zaqueo:  
    «*Hoy ha llegado la salvación a esta casa, pues también él es hijo de Abrahán.*» (Lc 19,9)
- Por último, las palabras de Jesús en la cruz, al compañero de suplicio:  
    «*Te aseguro que hoy estarás conmigo en el paraíso.*» (Lc 23,43)

Nosotros creemos que todo tiempo es tiempo de salvación. Desde que Jesús entró en él, nuestra historia es historia de salvación. Hoy se está cumpliendo esta Buena Noticia. Nuestro presente es oportunidad, «kairos». ¿Seremos capaces de reconocer y acoger la gracia que se nos da en

este tiempo? ¿Nuestra fe será capaz de engendrar esperanza?

No podemos hacer confesión de fe sin hacer examen de nuestra esperanza. El futuro de la Vida Religiosa tiene que ver con nuestra esperanza y con nuestra capacidad de generar esperanza en otros.

Este examen comienza por reconocer la fuente donde se nutre nuestra esperanza y ésta no es otra sino el don recibido con la llamada a la Vida Religiosa. Y hoy se hace necesario como nos dice el apóstol Pablo: «Te recuerdo que reavives el don de Dios que recibiste» (2ª Tim 1,6).

Escuchar esta invitación que Pablo le hace a su amigo Timoteo, nos recuerda que también nosotros necesitamos animarnos mutuamente, que nuestras comunidades sean espacios que nos fortalecen en la experiencia de este don. Hemos de reavivar el don que cada uno hemos recibido. Este don es la primera llamada, don que se ha ido enriqueciendo a lo largo de nuestra propia historia de Amor con Aquél que siempre nos amó primero.

Somos invitados a sentirnos vivos, hondamente inundados por el derroche de su Amor. Amor que nos impulsa a manifestar a los hombres el don de Dios. Amor en el que somos elegidos y enviados a anunciar al Dios de la Vida como confesión de nuestra esperanza.

#### **4. Dios para orar y esperar**

La liturgia pascual, justo en el contexto litúrgico en el que nos encontramos, nos trae los relatos de las Apariciones del Señor Resucitado. En ellos contemplamos al Dios que nos busca y experimentamos una vez más, nuestra condición de «buscadores buscados». Son paradigma de esta búsqueda continua de Dios al hombre, y a su vez, de este deseo que habita el corazón del Hombre y que busca a Dios aunque sea a tientas. Esta búsqueda alcanza su sentido definitivo en

Jesucristo, en Él se han encontrado plenamente Dios y la humanidad.

En estas narraciones aparece, como denominador común, la iniciativa del Señor en esta búsqueda. Fijamos nuestra atención en los relatos de aparición a los apóstoles. Él los busca porque están perdidos, en el sentido más literal y profundo. El tiene que buscarlos, se han dispersado, han abandonado la comunidad, se han escondido. El sale en su búsqueda y nos muestra una vez más cómo es su Corazón. «Ha venido a buscar lo que estaba perdido»(Lc 19,10).

La Presencia del Señor Resucitado en medio de los discípulos les hace experimentar su oficio de Consolador<sup>14</sup>. Les busca en sus miedos, bloqueos y desesperanza, y es el reconocimiento de la Presencia del Señor lo que les llena de alegría y de paz, y les devuelve la esperanza.

Ahora contemplemos los relatos de la aparición a las mujeres. Son bellísimos, especialmente el de María Magdalena es de una entrañable cercanía. Ellas han permanecido junto a la cruz, han sido testigos de la sepultura de Jesús y sin ningún cálculo ni prudencia, han ido el primer día de la semana para ungir el cuerpo del Señor. Lo buscan entre los muertos y Él no está allí. Él las alcanza en su dolor y oscuridad que con su Presencia se convierten en esperanza. Ellas son los primeros testigos de la Resurrección, ¡Hemos visto al Señor!

Nosotros, también ¡Hemos visto al Señor! y vivimos la certeza de esta Presencia que nos hace buscar a Dios, al que oramos y en el que esperamos. Este encuentro buscado y esperado da sentido a nuestra vida y sostiene nuestra esperanza. De este encuentro nace la Misión.

La Vida Religiosa acoge el mandato del Resucitado y con la fuerza de su Espíritu es enviada a suscitar esperanza: restaurando heridas, reparando brechas, sembrando fraternidad y ser con su vida anuncio de este encuentro con Jesucristo, el Dios vivo.

- 
- <sup>1</sup> BENEDICTO XVI. Encíclica «Deus Caritas est». Roma, 25 de diciembre 2005, nº 1.
- <sup>2</sup> BENEDICTO XVI. Encíclica: «Spe Salvi». Roma, 30 de noviembre 2007, nº 32.
- <sup>3</sup> TAGORE, Rabindranath. «Ofrenda lírica». Madrid: Ed. Aguilar, 1975.
- <sup>4</sup> WILLIAMS, Rowan. «Intervención en el Sínodo de los Obispos». Roma, 12 de octubre 2012.
- <sup>5</sup> Cfr. Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús. *Constituciones*, 9.
- <sup>6</sup> «Mensaje Final del Sínodo de los Obispos». Roma, octubre 2012, nº 12.
- <sup>7</sup> FRANKL, Viktor E. «El hombre en busca de sentido». Barcelona: Ed. Herder, 1986.
- <sup>8</sup> OLIVERA, Dom. Bernardo, ocsa. «Martirio y Consagración». Madrid: Ed. Publicaciones Claretianas, 2011.
- <sup>9</sup> NGUYEN, F.X. Van Thuan. «Cinco panes y dos peces». Madrid: Ed. Ciudad Nueva, 2000.
- <sup>10</sup> GARCÍA, José Antonio. «Orar con el Padre Arrupe». Bilbao: Ed. Mensajero, 2007, pág 117.
- <sup>11</sup> BENEDICTO XVI. Encíclica: «Spe Salvi». Roma, 30 de noviembre 2007, nº 38.
- <sup>12</sup> JUAN PABLO II. Exhortación Apostólica: «Vita Consecrata». Roma, 25 de marzo 1996, nº 110.
- <sup>13</sup> Ibid. WILLIAMS, Rowan.
- <sup>14</sup> Cfr. S. Ignacio de Loyola, «Ejercicios Espirituales», nº 224.